

de lo que la ayuda, pero al menos esos forzamientos teórico-críticos sirven para mantenerla viva; por lo demás, no sería raro que muchos lectores de habla hispana establezcan la filiación de este texto con una forma cara a nuestra lengua: la picaresca. Sobre lo que el propio autor pensaba acerca del género de su escrito, por otro lado, nos informa en especial el capítulo 78, donde, con su típico humor, bromea acerca de la autobiografía de Jung-Stilling y las *Confesiones* de Rousseau.

El falso idilio de la vida alpina y los oprobios de la supuestamente aventurera vida militar son algunos de los instructivos desengaños que aportan estas páginas espontáneas, redactadas con el desenfado propio de quien empezara ganándose penosamente el pan gracias al salitre o a las cabras para así formar y alimentar a toda una familia propia, al cabo de muchos años y tormentos se dio el lujo de desembarcar –cual buen diletante– en el mundo de la cultura y las letras, hasta constituirse en un escritor hecho y derecho (autor de prosa, de lírica y hasta de dramaturgia), cuya “carrera” vemos iniciarse por azar (cap. 71). En palabras del propio Bräker, “la única inquietud que de vez en cuando me embargaba era esta: que de sentirme tanto a mis anchas no pudiera llegar a olvidarme de mi Dios” (p. 172). Pero sabemos que esto se aplicó solo en sus años de formación: en su madurez ciertamente parecía preocuparle casi tanto su éxito literario como la salvación de su alma. Y por eso en su prólogo puede decir, con una culposidad típica de su secta religiosa, pero con un humor excepcional (y que desmiente también al estereotipo del helvético ceñudo y taciturno): “Quiero repasar los días que he vivido y recoger en este relato lo más llamativo. ¿Es soberbia, jactancia? ¡Por supuesto!” (p. 69).

Marcelo G. BURELLO

DODERER, Heimito von: *Un asesinato que todos cometemos*. Trad. de Adan Kovacsics. Barcelona: Acantilado 2011. 441 pp.

Cuando emprendió la redacción de esta colosal novela, el austriaco Franz Carl Heimito Ritter von Doderer (1896-1966) aún no era el escritor de nombre exótico y venerable que sería al final de sus días, con una reputación establecida y dedicado puramente a la profesión literaria. Por ende, sus proyectos tenían que ser bien sopesados tanto por sus contenidos como por sus logros virtuales, ya que su aventura política (en 1933 se había afiliado al Nacionalsocialismo, acaso para beneficiarse del mercado editorial germánico) no le redituaba gran cosa y lo exponía a ciertas forzosas exigencias artísticas, aun cuando hasta se había instalado en suelo alemán (más exactamente en la fatídica Dachau) y siempre podía mostrar su carnet de miembro del Partido. Sin embargo, aunque en Europa las sombras crecían y los rumores aumentaban, un novelista *mitteleuropäisch* (centroeuropeo) todavía podía darse el lujo de acometer un proyecto a gran escala sin otro propósito que el de ofrecer alta literatura y de largo aliento, con independencia de las modas y del contexto. Y hay que decir que lo logró: *Ein Mord, den jeder begeht*, publicada en 1938, puede considerarse, sin vueltas, una de las mejores obras de Doderer, en tanto densa condensación de sus temas y muestra cabal de su estilo, de gran poder visual y buena penetración psicológica (en especial aquí, cuando el autor estaba fuertemente interesado en las peculiares teorías de Hermann Swodoba). Es evidente que con estas numerosas páginas ya se estaba gestando *Die Dämonen*, ese *opus magnum* que daba vueltas por su escritorio desde comienzos de esa década y que no le granjearía fama eterna hasta 1956, tras penosas operaciones de reivindicación ante la opinión pública.

Reconozcámoslo: el título atractivo y malicioso parece chocar, en principio, con lo que la obra ofrece en su desnuda exterioridad. El comienzo no podría ser más estereotipado, de

hecho el relato se abre con la propuesta de mostrar cómo la infancia de alguien ha influido –o mejor dicho, *no* ha influido– en su madurez, es decir, con un típico proemio de relato formativo, tan del gusto decimonónico. Un *Bildungsroman* de más de cuatrocientas páginas, en estricto orden cronológico, expuesto por un narrador omnisciente... el lector que hoy se atreve a tomar el libro tiene derecho a sospechar que está o bien frente a un enorme anacronismo, inaceptable para el momento de la serie literaria (pensemos en Joyce, en Faulkner, en Broch), aun si uno conoce las preferencias del propio autor, o bien ante una pieza discretamente lograda, astutamente envuelta en la apariencia de un pesado fardo con pretensiones clasicistas. Y el caso es más bien el segundo, pero descubrirlo requiere –¡por cierto!– mucha paciencia, pues Doderer se ha propuesto ir recorriendo el telón muy despacio, quizás con *demasiada* morosidad, con toda la intención de prometer el cumplimiento de un subgénero consagrado y predilecto como el de la novela de formación para irnos llevando hacia una forma más moderna, y por qué no perversa, que podríamos designar: la del relato policial en un sentido amplio. No será preciso recordar que en lengua alemana dicho formato con frecuencia se denomina como *Krimiroman*, y muy acertadamente, pues mientras que no suele haber policías involucrados, lo que siempre hay es un crimen; también de *Detektivegeschichte* –el otro nombre de nuestra “literatura policial” en español– puede hablarse aquí, y con toda validez.

El héroe de turno, cuyo desarrollo vital aquí presenciamos minuciosamente, es un tal Conrad Castiletz, alias “Kokosch”, un alemán cualquiera, un hombre mediocre y quizás justamente por eso, hermético y enigmático. El narrador lo define en algún momento como una de esas “personas con las que uno tantea en el vacío”, en tanto “nunca se llega a saber si sirven para la vida o si son débiles” (p. 125). Es hijo de un padre ciclotímico y manipulador, que siembra el terror en su hogar de manera pusilánime y absurda, y de una madre que parece flotar al borde de la inexistencia, y que pasa a mejor vida con el mismo tono asordinado que subsistió, sin suscitar grandes emociones. Curiosamente para tratarse de un relato escrito por un ex combatiente de la Gran Guerra que además cayó cautivo de los rusos (percance que de alguna forma decidió su vocación literaria), la biografía de su héroe omite casi toda alusión al suceso, con excepción de breves comentarios (en el cap. 5 de la Parte I); y es que la violencia aquí es pura represión, un sentimiento vago y de índole profundamente interior, y se da en el plano de los afectos y las relaciones humanas, no en las trincheras y las celdas. Herr Castiletz se las ingenia para hacer carrera en el mundo textil de la Alemania que se precipita hacia su crisis económica más profunda, y en su periplo acaba contrayendo matrimonio –mucho más por interés que por amor– con Marianne, mientras que comienza a obsesionarse morbosamente por su cuñada, Louison, muerta hace años en un trágico accidente que a él no le es ajeno ni indiferente. Dicho accidente ha implicado un misterioso crimen, y el protagonista pronto deviene “nuestro Sherlock Holmes” (p. 309), acicateado por una oscura curiosidad; sin duda esta investigación es la única pasión que parece despertarse en toda su existencia, y por eso reviste una cualidad extraordinaria. Y por supuesto al final el misterio se desvela y el héroe sucumbe a su propia obsesión, no sin ironía.

Lo cierto es que el carácter *sui generis* de esta novela –de escasa o nula repercusión en su momento– siempre será un permanente divisor de aguas, y cada lector deberá decidir si ha de encararla como la exhaustiva biografía de un personaje representativo de la “Entre-guerra” alemana, que nos lo muestra desde su infancia hasta su muerte, o como una historia detectivesca con un riquísimo cuadro de época por trasfondo, a manera de decorado preciosista. El mayor problema para una lectura homogénea, en cualquier caso, es la desproporción de los temas, e incluso cierto desajuste en el tono, pues mientras que la obra se inicia como un *Bildungsroman* –o bien un *Entwicklungsroman*– de neto corte realista, acaba encerrándose, y no sin habilidad, en la tradición del género policial, con un aditamento de *suspense*.

Por lo demás, el propio Doderer ha expuesto aquí, y nada menos que por boca del personaje que introduce la tónica específicamente policial, el Doctor Inkrat, su poética autoral, que lo retiene del lado de la tradición novelística clásica antes que del de los subgéneros comerciales más recientes: “El médico, el policía (lo digo para resaltar mejor toda esta tipología mental), así como el prosista puro, el narrador dentro del arte poético, todos ellos hacen, siempre y cuando representen su tipo con pureza, el sacrificio más grande que pueda realizarse en el espíritu: ver el mundo tal como es, y no como debe ser” (p. 279). Este programa estético invita a pensar que la subtrama final es ante todo una coronación efectista, una *in crescendo* con el que un autor, que se quería un gran clásico realista pese a todo, calculaba, fallidamente, generar un éxito de público. En los encuentros azarosos del protagonista con viejos amigos de juventud que se suscitan al final se presiente algo de ese esfuerzo laborioso por dar con un cierre rotundo, aunque, hay que admitirlo, también son esos hechos los que dan a la biografía narrada un cierto aire de destino simbólico.

Marcelo G. BURELLO

DRVENKAR, Zoran: *Tú*. Trad. de José Aníbal Campos. Barcelona: Seix Barral 2013. 624 pp.

Durante los últimos años y con tendencia claramente ascendente hemos podido comprobar la buena salud de la que goza la novela negra en Alemania, Austria y en la zona suiza en la que se habla alemán. Buena prueba de ello es la multiplicidad de obras que han salido al mercado editorial y que copan casi cada semana las listas de libros más vendidos tanto en tapa dura como en libro de bolsillo. Desde sencillos *Krimis* que sirven como mero entretenimiento hasta las novelas más elaboradas y consideradas como literatura de más alta calidad, todas y cada una de estas obras son objeto de gran interés entre el público lector. Pero no solo la avalancha de títulos de esta categoría con sus múltiples variantes da fe de la importancia que está adquiriendo este género, también podemos observar una gran cantidad de premios literarios que precisamente se dedican a galardonar a las mejores obras dentro de este grupo. Estos premios constituyen en muchos casos auténticos acontecimientos mediáticos y sirven, a su vez, como lanzamiento a la fama de autores que con anterioridad no eran conocidos dentro de este ensamblaje que representa el mercado editorial.

La irrupción de Zoran Drvenkar en el panorama literario tuvo lugar primordialmente con obras dedicadas al público juvenil e infantil, entre las que cabe destacar *Niemand so stark wie wir* (1998) con la que obtuvo el Oldenburger Kinder- und Jugendbuchpreis o *Der einzige Vogel der die Kälte nicht fürchtet* (2011), libro con el que también consiguió el Kinderbuchpreis des Landes Nordrhein-Westfalen. Su primer coqueteo con el género de la novela negra fue con *Du bist zu schnell* (2003). El uso de la segunda persona de singular también se puede ver en esta obra, a pesar de que no será hasta *Du*, donde esta forma predomine de manera determinante y se produzca la coronación de Drvenkar como maestro del empleo del tú.

Para su consagración como escritor de éxito de novela negra más allá de las fronteras de Alemania habría que esperar hasta la publicación de su novela *Sorry* (2010) con la que Zoran Drvenkar obtuvo el premio Friedrich Glauser. Este galardón es junto con el Deutscher Krimi-Preis uno de los más importantes de este género en todo el ámbito germanohablante. Quizás este aspecto propició, o al menos favoreció, el hecho de que su novela fuera seleccionada para ser traducida a nuestro idioma por la editorial Seix Barral y que podamos leer su última obra, *Tú* (*Du*, 2010). Para llevar a cabo esta labor, Seix Barral depositó su confianza en José Aníbal Campos, que gracias a su magnífica destreza como traductor nos ofrece una novela palpitante que ha conseguido captar toda la esencia de la que el autor quería dotar a su texto. Y es que,